

Renovación de ideas sobre el campo mexicano en época de crisis

Conferencia magistral para el Séptimo Congreso de la
Asociación Mexicana de Estudios Rurales, San Cristóbal de las Casas,
19 de agosto de 2009

Cynthia Hewitt de Alcántara

Muchas gracias, Isabel. Qusiera agradecer tambien al Comité Directivo de la AMER y a la Directora General de ECOSUR la oportunidad que me han brindado para estar aquí y para aprender de ustedes durante estos días.

Nos reunimos hoy en un clima de crisis económica generalizada – una situación que todavía no se manifiesta en toda su amplitud, ni en México ni en los países de economía más avanzada en donde se gestó el problema. Huelga decir que este descalabro económico tendrá un alto costo social. La mayoría de nosotros, que hemos pasado por otras crisis de menor envergadura en los años setenta, ochenta y noventa, sabemos lo que significa un evento de esta naturaleza en cuanto a estrategias de vida desquiciadas, proyectos aplazados, pérdida de ingreso y empleo. Sabemos también que, a menos que se tomen medidas extraordinarias, aumentará el número de personas que sufren pobreza, miseria y hambre. Y precisamente por esto, tenemos la obligación de aportar ideas e información que contribuyan a esclarecer las causas de la crisis y a trazar nuevas estrategias de desarrollo para el futuro.

Enseguida trataré de hacer una contribución en este sentido, enfocándome sobre todo en cuestiones de política macroeconómica y social. Adopto esta perspectiva por dos razones. La primera es simplemente práctica: durante las últimas dos décadas trabajé en un instituto de investigación de las Naciones Unidas que se especializa en estos temas. Así que mi “ventaja comparativa” (si es que la tengo) en esta reunión estriba en aportar una visión macro, basada en estudios de desarrollo internacional. (Ciertamente no tengo la ventaja que les compete a todos ustedes, que han hecho trabajo de campo reciente en el México rural.) Pero, en segundo lugar, voy a enfatizar la dimensión macroeconómica y de política social en esta reunión porque me parece un elemento que ha sido subestimado en numerosos estudios contemporáneos de la problemática rural del país – incluyendo, en realidad, algunos de mis propios esfuerzos por entender las implicaciones que hayan tenido ciertas reformas de política pública para el futuro del campo en México.

Para los que no somos macroeconomistas, es difícil darnos cuenta de la manera en que el manejo, al más alto nivel de gobierno, de políticas financieras, monetarias, comerciales y de inversión determinan – de manera bastante rígida – las opciones de vida de todos los habitantes de un país. Al observar el proceso de

cambio rural, tendemos a fijarnos más bien en lo que ocurre a nivel local, como por ejemplo cuando documentamos la manera en que se alteran las estrategias de sobrevivencia de grupos de menores ingresos en ciertas zonas o (si nos interesa más bien el sector empresarial rural), cuando estudiamos la manera en que se modifican ciertas estrategias de negocios. Luego es probable que dirijamos nuestra atención hacia tendencias de cambio al nivel sectorial, al analizar importantes modificaciones en políticas estatales de apoyo al campo, subrayando por ejemplo la brusca desaparición de programas de crédito, apoyo técnico y comercialización estatal que ha marcado la historia reciente de México. Y por supuesto, no podríamos trabajar en zonas rurales del país hoy día sin fijarnos en el efecto dramático que ha tenido la apertura comercial irrestricta en la vida de esta parte de la población nacional.

Sin embargo, es mi impresión que la mayoría de nosotros no entendemos, realmente, el entramado de políticas macroeconómicas que dictan las directrices del sistema en que vivimos – o para decirlo de otra manera, que establecen las reglas del juego del régimen actual. Calificamos este régimen, con razón, de neoliberal; y sabemos que se basa en una ideología de libre mercado. Suponemos además que la situación que vivimos es típica de la era de la globalización. O tal vez simplemente la llamamos capitalista. Pero estas son verdades a medias; y si, al hacer nuestro trabajo, nos limitamos a pensar de esta manera general sobre el marco macroeconómico que nos rodea, no podremos desarrollar opciones viables para la reactivación de la economía rural y urbana en México.

Lo que se requiere en este momento es claridad – una comprensión lo más detallada y precisa posible sobre la naturaleza de la estrategia macroeconómica que rige el destino del país. Además debemos desarrollar la capacidad para comparar este modelo, con su visión implícita del papel del sector agropecuario en el quehacer nacional, con las estrategias que se aplican en otras latitudes. Y para lograr esto, por supuesto, es necesario entablar un diálogo entre disciplinas, dentro del área de estudios rurales, mucho más sistemático que el actual.

Entre otras cosas, la incorporación más rigurosa de perspectivas o inquietudes macroeconómicas en el diálogo sobre el campo nos permitiría entender *la especificidad de la experiencia mexicana con el neoliberalismo*. Como veremos más adelante, esta ideología ha influido de manera muy diversa en los sectores públicos de diferentes países. No hay un régimen homogéneo “neoliberal” en todos los países del mundo. La incorporación de un interés en temas macroeconómicos nos ayudaría además a *descartar una visión simplista del proceso de globalización* y a concentrar nuestra atención en el significado que ha tenido para México la evolución reciente del entorno económico mundial. Y, finalmente, este mayor interés en comparar los detalles de nuestro régimen macroeconómico con los de otras naciones nos permite recordar que *existen muchas variantes del capitalismo, basadas en visiones muy diferentes sobre la función de las zonas rurales en la vida nacional, y que cada una de estas*

variantes difiere de otras en cuanto a su capacidad de hacer frente a la crisis actual. Hablar en términos generales del “fin del capitalismo” en esta coyuntura me parece ocioso; pero considerar el tránsito de una forma de capitalismo a otra no lo es.

Si el argumento que acabo de hacer es cierto, es obvio que debería ceder mi lugar desde ahora a un reconocido experto en macroeconomía, de los que seguramente hay varios en este auditorio. Pero voy a intentar construir una especie de puente entre disciplinas, que también puede servir de marco para nuestra discusión posterior, analizando primero las bases filosóficas de la escuela de pensamiento – el neoliberalismo – que ha ocupado un lugar central en el complejo proceso de globalización de fines del siglo veinte. A continuación ilustraré brevemente la diversidad de respuestas nacionales frente al embate neoliberal, para poder comparar el caso de México con los demás. Seguirá una breve reseña – en términos no técnicos – de los principales ejes del régimen macroeconómico actual en México, en donde trataré de explicar las razones por las que este modelo es claramente incompatible con la implementación del tipo de políticas alternativas para el campo que muchos quisiéramos proponer. Y cerraré con algunas reflexiones sobre la manera en que este modelo crea una gran vulnerabilidad frente a la crisis económica global.

Creencias y prejuicios del modelo neoliberal

Empecemos, entonces, con un análisis crítico del sistema de creencias y prejuicios que sostiene el modelo neoliberal, antes de pasar después al complejo de políticas macroeconómicas concretas que afecta nuestra vida diaria de manera palpable. La importancia de estas creencias básicas no debe subestimarse: aunque carecen de todo fundamento empírico o científico, influyen fuertemente en la manera en que los adeptos de esta escuela de pensamiento reaccionan frente a cualquier desafío práctico que se les presente.

Como todos sabemos, la más sustantiva de las creencias neoliberales estriba en una fe absoluta, acrítica, en las bondades del mercado libre. Citando la obra de grandes figuras de la disciplina de la economía, como Adam Smith, los ideólogos influyentes de la corriente neoliberal, que asumieron un papel prominente en los debates desde los años setenta, sostuvieron que casi todos los males que aquejan a la sociedad humana son susceptibles de mejoría al dejar campo abierto para el funcionamiento de un mercado puro, libre de cualquier traba, que automáticamente produciría el mayor bienestar para el mayor número de personas en el mundo. De hecho, Adam Smith nunca fue tan simplista en sus juicios; nunca sostuvo que los mercados fueran los únicos instrumentos útiles en el manejo de la economía.¹ Pero esta fé acrítica en el mercado libre sigue viva en

¹ Ver Amartya Sen, “Capitalism Beyond the Crisis,” *New York Review of Books*, Vol. 56, No. 5, March 26-April 8, 2009; y Emma Rothschild, “The Debate on Economic and Social Security in the Late Eighteenth Century: Lessons of a Road Not Taken,” en Cynthia Hewitt de Alcántara (comp.), *Social Futures, Global Visions*, Londres: Blackwell Publishers/UNRISD, 1996.

el pensamiento neoliberal – y sigue influyendo en la manera en que se enseña la disciplina de la economía en muchas universidades, tanto en México como en otras latitudes.

Como corolario, existe en el campo neoliberal un rechazo igualmente visceral hacia casi toda ingerencia del sector público en la economía – una posición con la que tampoco habría estado de acuerdo Adam Smith, como no lo habrían sido otros colegas suyos, fundadores de la profesión moderna de economista. Sin embargo, los trabajos de estas figuras clásicas de la economía se invocan diariamente en los centros de enseñanza e investigación neoliberales para insistir en la necesidad de reducir el papel del estado al mínimo, a la vez que se asocia cualquier iniciativa gubernamental de cierta envergadura con la ineficiencia, la ineptitud y la corrupción.

Un compromiso con el individualismo extremo refuerza esta incapacidad para reconocer la importancia que tiene el sector público en la creación y mantenimiento de condiciones de vida dignas en cualquier sociedad. El neoliberalismo apareció durante los años setenta de manera paralela con el resurgimiento de filosofías de superación personal, individual, en las que se despreciaba la solidaridad.² En consecuencia, para los adeptos al fundamentalismo de mercado, “lo social” no existe. Estos pregonan más bien una especie de darwinismo social en el que cada quien promueve sus propios intereses y el más fuerte gana. Esta visión suele atemperarse en alguna medida al reconocer que el estado existe para administrar la ley y para garantizar la seguridad nacional. Pero las bases filosóficas para legitimar conceptos como “el bien común,” “la esfera pública” ó “la solidaridad social” son sumamente débiles dentro de la escuela de pensamiento neoliberal.

Las bases ideológicas para justificar el fomento de procesos de participación popular en la toma de decisiones políticas son igualmente débiles. En otras escuelas de pensamiento como la social demócrata y la corriente democrática de la liberal, se explaya una gran confianza en los procesos políticos democráticos. “La política,” como se concibe en éstas y muchas otras corrientes de ideas, es una vocación muy estimada, aún noble; pero “la política” en el esquema de cosas neoliberal suele ser mezquina y sucia. Interfiere con el libre juego de los mercados, poniendo así en riesgo la supuesta óptima eficacia del sistema.

Este desprecio por las esferas social y política de la vida se refleja nítidamente en la moderna práctica profesional de la economía neoliberal. Los profesionistas formados en esta escuela se dedican sobre todo a la resolución de problemas matemáticos o teóricos, modelando el funcionamiento de mercados sin analizar

² Ver Brian Doherty, **Radicals for Capitalism: A Freewheeling History of the Modern American Libertarian Movement**, Public Affairs, 2008. Una de las líderes del movimiento libertario, la novelista e ideóloga Ayn Rand, pretendía convencer a sus lectores de la bondad de la avaricia y de la concomitante maldad del altruismo. Alan Greenspan, director del banco central de los Estados Unidos durante el período 1988-2006, fue discípulo abierto de Rand.

el contexto social en que realmente existen. Esto está en marcado contraste, por supuesto, con la manera de definir y resolver problemas dentro de otras corrientes importantes de la economía (relegadas por el momento a un lugar secundario en gran número de facultades) – corrientes otrora predominantes, en donde la economía se concibe como una parte integral de la sociedad.

La sacralización neoliberal del mercado, en abstracto, y la clara identificación de la disciplina de la economía con una interpretación esotérica de la manera en que aquél funciona, no sólo sirven para justificar el aislamiento de los economistas en relación con la sociedad que les rodea sino para crear un aura de infalibilidad en cuanto a sus juicios. Los economistas neoliberales se convierten en el sacerdocio de una nueva religión. Y esto *erige barreras al intercambio de ideas* – y con ello a la acumulación de conocimientos útiles – tanto en la esfera académica como en la de la política pública. En esta última, suele cavarse una brecha infranqueable entre la casta que determina la política macroeconómica del país, encerrada en su propio mundo, y los servidores públicos que ejercen otras responsabilidades. La misma falta de comunicación entre áreas de conocimiento o especialización se refuerza en la vida académica, en donde los economistas saben cada vez menos de las ciencias sociales y los sociólogos o antropólogos o politólogos rara vez pueden dialogar con los economistas.

Finalmente, en la visión del mundo parca, estrecha y mecanicista de los fundamentalistas del mercado, un solo factor de producción sirve como motor indispensable de progreso. El capital privado. La prioridad que los neoliberales otorgan a la generación y protección de este factor es notable: a su parecer, existen muy pocas situaciones en que habría que interferir con el proceso de acumulación de capital en manos privadas. Y muy pocos pretextos para gravarla.

Adopción selectiva del modelo neoliberal

Ahora bien. Es obvio que el modelo neoliberal de una economía ideal, basado en las creencias y prejuicios que acabo de esbozar, no se ha aplicado cabalmente en ninguna parte del mundo. La manera en que se hayan ido incorporando los elementos principales de este credo al quehacer macroeconómico de gobiernos específicos ha dependido de la balanza de fuerzas sociales y políticas en cada país – es decir, precisamente de los factores en que los adeptos a esta doctrina han mostrado tan poco interés. En naciones de economía avanzada, la liberación de las fuerzas del mercado ha sido más notable en el sector financiero y de comercio. Durante las últimas tres décadas, la desregulación bancaria y bursátil, acompañada por la eliminación de trabas al libre cambio de divisas, ha sentado las bases para la “globalización” financiera – un fenómeno de inspiración sin duda neoliberal en que trillones de dólares recorren el mundo cada día en búsqueda de las ganancias más altas para la inversión especulativa. Fenómeno además que ha jugado un papel central en varias crisis económicas de fin de siglo, así como en el descalabro económico mundial de los últimos meses.

La creación de un régimen financiero global extremadamente abierto ha ido de la mano con la marcada reducción de barreras al libre comercio en ciertos sectores de las economías centrales y periféricas, aunque obviamente no en todos. Olvidamos a veces la naturaleza parcial, limitada, de la penetración de ideas neoliberales en esferas de política pública de los países desarrollados. Hay un bloque importante de éstos (incluyendo Japón y gran parte de la Unión Europea – Alemania, Francia, Italia, los países nórdicos) que tienen regímenes financieros y de comercio abiertos, pero que a la vez mantienen sectores públicos grandes, programas sociales extensos y leyes laborales que protegen al trabajador. El nivel de impuestos también suele ser significativamente más alto en estos países que en otro grupo de naciones desarrolladas – las más afectadas por el neoliberalismo [y aquí estoy pensando en los Estados Unidos, el Reino Unido, Australia, Nueva Zelanda] – en donde la liberalización financiera y de comercio más bien ha estado acompañada por la reducción de impuestos a causantes de ingresos altos, así como a las corporaciones, y por la erosión de la protección laboral.

Pero es importante subrayar el hecho de que aún en estos últimos casos, en donde ha habido una mayor implementación de políticas de mercado, nadie ha podido reducir significativamente el nivel histórico de la participación del sector público en la economía nacional.³ La misma fuerza de los procesos políticos democráticos en estos países ha frenado la implementación de medidas radicales de inspiración neoliberal en muchas áreas de la vida nacional. (Como ejemplo, podemos pensar en el fracaso en Europa, y aún en los Estados Unidos, de intentos de abolir el sistema solidario de seguridad social. O podemos recordar que sigue existiendo un sistema de subsidios agrícolas en todas las naciones de economía avanzada, a pesar de repetidos esfuerzos por eliminarlos.) *Vivimos, entonces, en un mundo que es sólo parcialmente neoliberal.*

Si examinamos con detenimiento el panorama mundial en cuanto a la incorporación o el rechazo de los preceptos neoliberales, descubrimos que la amplia implantación de la doctrina neoliberal suele ser más fácil y de mayor envergadura, en países muy pequeños cuyas economías descansan en la provisión de servicios financieros (incluyendo el lavado de dinero). Hay una serie de naciones isleñas que caben en este renglón, incluyendo cierto número de paraísos fiscales. Tienen economías extremadamente abiertas y viven del intermediarismo.

La imposición de extensos programas neoliberales también ha sido posible en situaciones semicoloniales, como las que imperan en gran parte de África. Allí, desde mediados de la década de los ochenta, los organismos financieros internacionales (firmemente controlados por las naciones ricas) utilizaron su control sobre los préstamos y su influencia dentro de la comunidad de donadores, para imponer medidas drásticas de liberalización comercial y financiera y para insistir en la privatización de programas públicos – medidas que, como se

³ Jeff Madrick, **The Case for Big Government**, Princeton: Princeton University Press, 2008

comprueba en las evaluaciones hechas por las mismas organizaciones tiempo después, solían agudizar los principales problemas económicos y sociales de las sociedades en cuestión. Hace años que los repetidos fracasos de reformas neoliberales en la mayoría de los países africanos provocaron su modificación o abandono.

Además, las instituciones financieras internacionales intentaron asegurar una incorporación rigurosa de los preceptos neoliberales en la política macroeconómica de naciones, como casi todas las de América Latina, cuya dependencia de esos organismos aumentó de manera dramática durante la crisis de la deuda (de los años ochenta en adelante). Aunque hoy día los regímenes financieros y comerciales que imperan en la región suelen ser compatibles con los estándares liberales de la economía global, éstos se cuestionan cada vez con mayor frecuencia; y un número considerable de las reformas que se adoptaron bajo presión durante las décadas de los ochenta y noventa se han modificado sustancialmente.

Finalmente, si nos detenemos a examinar la experiencia de los países más grandes de Asia, tenemos que concluir que la influencia de ideas neoliberales en la elaboración de políticas en esas latitudes – y en China en particular – ha sido errática y su adopción, selectiva. Aunque los fundamentalistas de mercado sugieren a veces que el crecimiento espectacular de China durante las últimas décadas constituye un ejemplo del éxito de su modelo, la conclusión de la mayoría de los estudiosos de este caso es exactamente lo contrario. El gobierno chino se ha aprovechado de una coyuntura internacional favorable – la desregulación del comercio y de las finanzas – para impulsar un gran proyecto de desarrollo nacional dirigido sobre todo por el sector público. La introducción de mecanismos de mercado en la economía china ha constituido un elemento central en la estrategia oficial, pero nadie que conozca el caso vería en este proceso altamente controlado y planificado una reivindicación del credo neoliberal.

Es importante recalcar la gran variedad de reacciones nacionales frente a la propuesta neoliberal porque existe la tentación en los medios de comunicación masiva, así como entre los adeptos a esta ideología, a exagerar el grado de aplicación de preceptos de libre mercado a nivel mundial. Muchos estudiantes universitarios aprenden, por ejemplo, que vivimos en una era de globalización, en la que la plena incorporación a mercados mundiales es inevitable. El vasto y complejísimo proceso de globalización se confunde así con la imposición de un proyecto ideológico peculiar, y se distorsiona la realidad. De hecho, como acabamos de ver, no ha habido en ninguna parte del mundo una experiencia estandarizada en cuanto a la adopción de recomendaciones de política neoliberal. Lo que sí existe es un gran número de *experiencias nacionales específicas que pueden ordenarse por rango en un continuum que va desde lo más bajo (un interés casi nulo en aplicar preceptos neoliberales) hasta lo más alto (una extensa aplicación de esos preceptos)*.

El caso específico de México

En ese orden de cosas, ¿dónde debemos situar el caso de México? Creo que habría un consenso entre la mayoría de los analistas internacionales que México se sitúa sin lugar a dudas hacia el extremo alto del continuum. Como en todos los otros casos que acabamos de mencionar, siguen existiendo fuerzas políticas y sociales de peso que limitan la aplicación de medidas neoliberales en sectores importantes de la economía mexicana. Sin embargo, desde los años ochenta esta ideología ha ejercido una influencia más amplia en esferas de gobierno de México – y se ha aplicada aquí de manera más consistente en la política macroeconómica nacional – que en la mayoría de los otros países del mundo.⁴ En consecuencia, se ha consolidado una manera oficial de entender la actuación correcta del gobierno en la promoción económica que se distingue marcadamente de la que impera en buen número de otras naciones, y que *se ha acercado cada vez más a la renuncia expresa de la responsabilidad para promover el desarrollo nacional*.

Después de analizar las creencias y prejuicios básicos de la escuela neoliberal, no debe sorprendernos que el concepto del desarrollo nacional, como tradicionalmente se entiende, no tiene cabida en esa manera de concebir el quehacer público. La implementación por el sector público de un programa coordinado de estímulo y de protección selectiva de sectores claves de la economía nacional, para mejorar las opciones de producción y consumo en amplios sectores de la población, implica un grado de interferencia en el libre funcionamiento del mercado que es inaceptable en el esquema neoliberal. De hecho, en éste último la idea misma de una “economía nacional” no se entiende como me imagino que la mayoría de nosotros la entendemos: como un sistema altamente integrado, interdependiente, y hasta cierto punto planificado, en que cada sector se engrana con los demás para producir los bienes que todos necesitamos, y en el que la integración al mercado mundial sirva para fortalecer elementos estratégicos de un proyecto nacional. Al contrario, para la escuela neoliberal la economía nacional simplemente entraña un sinnúmero de proyectos

⁴ Es interesante comprobar esta apreciación recurriendo al Índice de Libertad Económica que elabora Freedom House, una institución que año con año califica las naciones en términos de su cumplimiento con criterios de política neoliberal. Para el año 2009, solamente cuatro economías de América Latina se incluyen entre las cincuenta que, según el Índice, deben considerarse las más abiertas del mundo. Estas son Chile, Uruguay, El Salvador y México. Y si uno analiza los componentes del índice con mayor detalle, descubre que la ventaja de Uruguay estriba solamente en su menor grado de corrupción, característica que también comparte Chile. Entre las cuarenta y seis otras economías en la lista de las más abiertas está, como es de esperarse, el bloque de naciones anglosajonas (Estados Unidos, Canadá, Nueva Zelanda, Reino Unido, Australia, Irlanda) cuyas economías son tradicionalmente más abiertas al mundo, así como una selección de países europeos desarrollados – selección que no incluye Francia (64), Italia (76) o Grecia (81). Aparece además un complemento de pequeñas islas o naciones sedes de operaciones financieras internacionales. Y se incluye un número considerable de países que hace veinte años vivían a la sombra del bloque soviético, o constituían parte formal de la Unión Soviética, y que después del colapso de esta última resintieron las presiones ejercidas por el Fondo Monetario Internacional para que se integraran rápidamente y sin cautela al mercado mundial. Las economías que más crecen ahora, China e India, no figuran por supuesto entre las cincuenta más “libres” del mundo. China ocupa el rango 132 de los 179 países en la lista, e India el rango 123.

privados que se emprenden para prosperar y crecer. Tales esfuerzos no tienen que ser coordinados con otros (más bien compiten entre sí) y tampoco deben restringirse al ámbito nacional. Ni siquiera tienen que originarse en México, visto el papel protagónico que tiene el inversionista extranjero en este proceso. En la medida en que se generen suficientes recursos para asegurar un saldo favorable en la balanza de pagos – ésa sí, a nivel nacional – se asegurará, supuestamente, el progreso.

Esta manera de ver las cosas se refleja en la actitud reciente del estado mexicano hacia el desarrollo rural y la seguridad alimentaria. En un esquema que privilegia los grandes intereses privados, el acceso de la población de un país a productos alimenticios supuestamente no debe tener nada que ver con el fomento estatal a la producción agrícola en ámbitos en donde la capacidad de competir a nivel internacional es baja. Según la doctrina de ventajas comparativas, si existen condiciones de ventaja en ciertos renglones de producción agroalimentaria en México, esos sectores prosperarán por cuenta propia; si otros sectores agrícolas o ganaderos no son competitivos, es inútil apoyarlos con fondos públicos. La seguridad alimentaria nacional está garantizada por la capacidad de compra del gobierno en mercados mundiales – una capacidad que depende, en última instancia, del nivel de divisas en las arcas nacionales, y no de manera directa de los vaivenes de la producción agropecuaria nacional.

La misma visión desterritorializada, efímera, del proceso de desarrollo se refleja en la política estatal hacia el establecimiento y posterior abandono de maquiladoras industriales.

En fin, el modelo macroeconómico que hoy impera en México se sostiene mucho menos en la planeación y fomento de la economía que en la creación de incentivos para proyectos de inversión de grandes capitales, sean éstos nacionales o extranjeros, de tipo productivo o simplemente destinados a la especulación.⁵ Esto ocurre en un ambiente de severa competencia a nivel internacional por atraer capital privado, competencia en la que las economías avanzadas gozan de fuertes ventajas (su proeza tecnológica, el poder de compra de su población, su estabilidad política y la solidez de sus monedas, entre otras). México ha optado por identificarse más bien con tres elementos de ventaja comparativa de menor calidad: su mano de obra barata y desprotegida; un régimen tributario reconocido a nivel internacional por su baja cobertura y por la variedad de exenciones fiscales con las que puede contar el gran empresario privado;⁶ y la

⁵ La manera como esta estrategia ha reforzado el oligopolio y ha fomentado el “capitalismo de cuates” en el México contemporáneo constituye el tema rector de un reciente discurso leído por la politóloga Denise Dresser en el foro Mexico ante la Crisis, el 29 de enero de 2009. El discurso puede consultarse en el periódico *El Universal*, 30 de enero de 2009.

⁶ El índice de Freedom House otorga a México una calificación muy alta de “libertad fiscal” (o en otras palabras, bajos niveles de impuestos) en 2009. Esta cifra para México es de 83.4, comparado con solamente 76.6 para Canadá, 67.6 para los Estados Unidos. 58.5 para Alemania y 50 para Francia.

implementación de una extensa liberalización financiera y comercial, comparable en muchos aspectos a los modelos más abiertos del planeta. La cercanía geográfica con los Estados Unidos constituye otro elemento a favor de México cuando la inversión privada es de tipo productivo, aunque para el capital especulativo este factor es irrelevante.

En aras de competir con éxito por una parte del inmenso fondo de recursos que circula por el sistema financiero internacional – recursos emplazados muchas veces a muy corto término – los gobiernos recientes de México se han esforzado por cumplir con todas las reglas de buen comportamiento macroeconómico que fijan las principales agencias privadas evaluadoras de riesgos en el mercado. Dos factores son de importancia primordial en determinar las estrategias de los inversionistas que consideran destinar fondos a México: primero su confianza en la estabilidad de elementos claves de la economía nacional – la estabilidad de precios, la estabilidad en cuanto a la tasa de cambio, y por supuesto la estabilidad política; y también la solidez del compromiso oficial para mantener un sistema financiero abierto, libre de trabas que pudieran impedir el movimiento expedito de fondos que entraran o salieran del país.

Ahora bien. Es sumamente difícil mantener la estabilidad (de precios y de la moneda) cuando existe un alto grado de liberalización del sistema financiero, aún en el mejor de los casos – y aún en economías que gozan de ventajas mucho más sólidas que la mexicana. Cuando este sistema se rige primordialmente por los vaivenes del libre mercado, contando con pocas normas diseñadas para proteger la economía nacional, siempre existe un riesgo considerable de generar inestabilidad. Por eso, gran número de países imponen restricciones de algún tipo al libre movimiento de capital por sus fronteras.

Los gobiernos que pretenden mantener un sistema financiero muy abierto, a pesar de las dificultades que esto ocasiona, pueden tomar una serie de medidas de política macroeconómica para reducir el riesgo de inestabilidad. En su conjunto, éstas tienden a crear *un ambiente recesivo* – de muy bajo crecimiento económico – como el que ha caracterizado la situación en México durante varias décadas y que ha constituído el telón de fondo del desarrollo rural (o de la falta de ello) durante el mismo período. Para empezar, según esta estrategia, el gobierno debe restringir el monto de dinero en circulación, para que la demanda de bienes y servicios no crezca a un ritmo que estimule un alza de precios. En segundo lugar, es necesario fijar las tasas de interés en niveles altos, en parte para atraer capital por medio de la promesa de rendimientos arriba del promedio, y en parte para desterrar la amenaza de la inflación. Si los negocios y los consumidores tienen que pagar altos intereses por un préstamo, la economía local se expandirá menos que si los intereses son bajos; se contratará menos personal; habrá menos dinero para gastar; y la demanda no presionará a los precios. Tercero, el gobierno debe hacer gala de su conservadurismo fiscal, de su compromiso a mantener un presupuesto equilibrado, reduciendo a nivel mínimo cualquier excedente del

gasto sobre el ingreso público y limitando el gasto estatal como proporción del producto interno bruto del país.

Todos estos se han constituido en elementos básicos de la política macroeconómica mexicana de las últimas décadas, implementada con el propósito explícito de mantener la estabilidad de precios en el país, aún al costo de la recesión. Pero hay una cuarta medida de política que ha asumido un papel sumamente importante en la lucha anti inflacionaria y que merece mención aparte: la repentina liberación comercial. Con la eliminación de casi todas las barreras a la compra de bienes en el exterior, se crea un poderoso instrumento de control de precios. Si el costo de bienes producidos localmente es demasiado alto, estos se remplazan con productos importados más baratos. El ejemplo sobresaliente de esta política es, por supuesto, la importación de maíz – un bien de consumo básico cuyo precio afecta inmediatamente el índice de precios al consumidor.⁷

Estas medidas satisfacen los requisitos de estabilidad de precios que imponen los grandes inversionistas antes de colocar sus fondos en México. Pero, ¿cómo asegurar la estabilidad de la moneda mexicana, a la vez que se mantiene el grado de desregulación del mercado financiero que también demanda el capital golondrino, extranjero y nacional, en esta era de globalización? En ausencia de un régimen fuerte de normas que establezca límites y plazos para el cambio de pesos a otras monedas, el gobierno sólo puede defender el valor del peso si dispone de altas reservas en divisas, con las que se supone que debe ser posible satisfacer de manera inmediata cualquier demanda de dólares o de otras monedas que se manifieste, y frenar de esta manera los brotes especulativos que amenazan periódicamente con desatar episodios de devaluación del peso.

Como todos los otros elementos principales del modelo macroeconómico actual, la necesidad de mantener altas reservas reduce la capacidad del estado mexicano para fomentar la actividad económica nacional o para mejorar los servicios públicos esenciales. Los ingresos estatales (como los que provienen de la venta del petróleo, por ejemplo) que se canalizan hacia las reservas de divisas no están disponibles para financiar proyectos en otras áreas de la economía. [Y aquí me pregunto, aunque sin ninguna manera de juzgar la validez de mi planteamiento, si el problema creciente del subejercicio del presupuesto para ciertos programas estatales no estará relacionado con la necesidad de apuntalar las reservas.]

En fin, *la forma como el gobierno de México ha decidido participar en la economía mundial conlleva políticas recesivas.* Y de los años ochenta en adelante, esto se ha reflejado en el estancamiento de la economía nacional, con todo lo que esto implica en cuanto a la limitación de las perspectivas de trabajo y

⁷ Es obvio que una estrategia de este tipo produce resultados opuestos a los deseados cuando no existen productos más baratos en el mercado internacional o cuando la especulación que ejercen los intermediarios en el sistema alimentario nacional genera un aumento desmedido en el precio que paga el consumidor.

de las opciones de vida de dos generaciones de mexicanos. Aquí es conveniente recordar unas cifras. La tasa promedio anual de crecimiento del PIB en México, desde 1950 a 1980 fue del 6.5 por ciento. Entre 1982 y 2005 (es decir, durante el período asociado con las estrategias macroeconómicas que acabamos de reseñar), esta tasa bajó estrepitosamente, quedándose en una cifra promedio de 2.3 por ciento anual.⁸ Es decir, *hemos resentido durante casi tres décadas los efectos de uno de los niveles de crecimiento más bajos en América Latina*. Se ha calculado que si se hubiera mantenido el ritmo de crecimiento del primer período en el segundo (es decir, hasta hoy), los habitantes de México gozarían ahora de niveles de vida comparables con los de la población europea – como de hecho ha sido el caso de algunos países asiáticos (la experiencia de Corea del Sur se cita con frecuencia) que se encontraban en 1980 en un nivel de ingreso per cápita muy parecido al de México, y que ahora se acercan al nivel europeo.⁹ La experiencia de estos países demuestra que existen maneras de estimular el alto crecimiento en naciones como la mexicana sin crear brotes de inflación irremediables. Pero esto se logra con la activa intervención del estado en la economía, y con un control más firme del sistema financiero y comercial que el que se define en la política mexicana.

Además, el avance económico se logra con medidas oficiales de apoyo sostenido a la educación, a la investigación científica y al desarrollo de la capacidad tecnológica, tal como lo demuestra la historia reciente de muchas naciones. Esto permite que aumente la remuneración al trabajo y que mejore la distribución del ingreso. De esta manera se construye un mercado local más amplio y más profundo, y se reduce el grado de vulnerabilidad a los vaivenes de la economía internacional. México, sin embargo, parece estar preso en un círculo vicioso, en el que – otra vez en aras de desterrar la inflación y atraer capital internacional – se reduce el valor real de los salarios de manera continua, con lo que se mantiene también baja la demanda de bienes de consumo popular, y con ello la capacidad productiva del país.

Macroeconomía y vulnerabilidad a la crisis mundial

A grandes rasgos, éste es el contexto macroeconómico en que nos ha tocado vivir durante las últimas décadas. Estas son las reglas del juego – elaboradas para reflejar una manera peculiar de entender el papel del estado en la economía – que han condicionado las posibilidades de vida de todos nosotros, habitantes rurales y urbanos por igual, durante muchos años. Y es con éste modelo, apoyados en ésta estrategia, que entramos a una de las peores crisis económicas mundiales de los tiempos modernos. El pronóstico no es halagador.

⁸ David Ibarra, **Ensayos sobre economía mexicana**, México: Fondo de Cultura Económica, 2005, p. 88; y United Nations Statistics Division, **Key Global Indicators**.

⁹ Ver los trabajos del Center for Economic and Policy Research, www.cepr.net; y Mark Weisbrot, “Obama’s Reality Check,” **The Guardian**, 15 April 2009.

Según una serie de informes internacionales recientes, tanto de la CEPAL (Comisión Económica para América Latina, de la ONU) como del Fondo Monetario Internacional y del Banco Mundial, de todos los países de América Latina, México es el que sufrirá el mayor daño a causa del desplome de la economía global. El contraste entre nuestra situación y la de algunos otros países de la región es notable. Se pronostica, por ejemplo, que el producto interno bruto del Brasil se contraerá alrededor de 0.8 por ciento durante 2009. Sin duda, esto asestará un duro golpe a la población del Brasil. Pero es probable que la contracción de la economía mexicana sea por lo menos *nueve veces peor* que la brasileña. CEPAL estima que habrá una reducción en el producto interno bruto de México de alrededor de 7 por ciento durante este año.¹⁰ Y la OCDE pronostica una situación todavía peor, en donde lo más probable es que sufra el PIB de México una caída de 8 por ciento o más en 2009.¹¹

El simple hecho de que exista una diferencia de tal magnitud entre el impacto de la crisis internacional en México y en Brasil confirma lo idiosincrático de la estrategia macroeconómica mexicana. Si el problema que ahora confrontamos se debiera simplemente a las contradicciones del sistema capitalista *en general*, o a la dinámica de la globalización *en general* – la explicación fácil que suele proponerse en muchos espacios de discusión, tanto oficiales como privados – no existiría una relación de nueve o diez a una en la severidad de la crisis económica entre las dos economías más importantes de América Latina. (Y por supuesto, la desventaja de México es todavía mucho mayor si ampliamos nuestra perspectiva, para comparar el caso mexicano con experiencias fuera de la región latinoamericana; por ejemplo, las economías de la India y de China han seguido *creciendo, no decreciendo*, durante 2009 a tasas arriba del 5 por ciento anual.) El problema que nos aqueja, además de coyuntural o atribuible a la situación internacional, es *interno, nacional y de larga duración*.

La crisis global incide, en el caso del Brasil, sobre un país en donde se reconoce la obligación del estado para fomentar un proyecto de desarrollo nacional, y en donde existe una estrategia de integración selectiva a la economía mundial. En el caso de México, la misma crisis incide sobre un régimen macroeconómico muy abierto, en donde el progreso económico se concibe sobre todo en términos de resultados generados por las fuerzas desreguladas del mercado. Hoy día los ciudadanos mexicanos resienten la vulnerabilidad que se genera en su sistema financiero, especialmente abierto a los vaivenes de mercados financieros internacionales. Resienten la marcada contracción de ingresos atribuibles a la exportación y a las remesas, ambos de importancia estratégica para la economía mexicana. Resienten la fuerte reducción de la inversión extranjera ahora que el gran capital privado abandona los destinos como México y se refugia en las naciones más seguras del mundo. Además, la baja capacidad de recaudación

¹⁰ CEPAL, *Estudio económico de América Latina y el Caribe*, 2008-2009, p. 2. Se estima que para América Latina en su conjunto habrá una caída del PIB durante 2009 de 1.9 por ciento.

¹¹ OCDE, *Perspectivas económicas*, junio de 2009.

fiscal que existe en México – corolario de la estrategia oficial por estimular la gran inversión privada – deja muy poco margen de maniobra al sector público cuando se desploman las contribuciones tributarias, y con ellas los ingresos del gobierno, a causa de la crisis. Y la larga implementación de políticas recesivas, que han frenado el crecimiento de la economía durante décadas, también nos prepara muy mal para poder sobrellevar una gran contracción adicional en el producto interno bruto del país.

Renovación de ideas

Esta es una situación insostenible. De manera inmediata, habrá un intento de paliar los estragos sociales de la crisis con gastos adicionales en programas de ayuda a la población que ya vive en la pobreza. Pero ningún esfuerzo de este tipo, por muy necesario que sea, puede ocultar el hecho de que el problema de fondo estriba en un modelo económico que genera vulnerabilidad. A estas alturas de la gran recesión, quedan muy pocos sectores de la población nacional que no concuerden en la necesidad de reducir el grado notable de desprotección de la economía mexicana y de estimular el mercado interno del país – punto de vista congruente con el clima de opinión que prevalece en gran número de otras naciones, que están de hecho mucho menos expuestas que México a la fuerza bruta de los mercados mundiales, pero cuyos gobiernos de todos modos refuerzan estrategias para apoyar ciertos sectores productivos claves y para promover una integración más selectiva a la economía global.

Supongamos que estas modificaciones en el clima de política económica mundial, aunadas a fuertes presiones internas para reformar el modelo macroeconómico vigente, generen nuevos espacios de diálogo en México – nuevas oportunidades para proponer cambios en la estrategia de desarrollo actual. ¿Qué podríamos aportar a ese debate?

En primer lugar, podemos *asignarle al concepto de “desarrollo nacional” una renovada importancia y significación*. Podemos reinstituir un diálogo sobre el tema, explorando los nuevos elementos de política económica y social en los que habría que fundamentar una estrategia para mejorar las opciones de vida de la población mexicana en el siglo XXI. Habrá una fuerte corriente de opinión, especialmente entre los que están acostumbrados a manejar la política económica del país, en la que se insistirá en la necesidad de limitar la discusión al ámbito de los técnicos, quienes deben ponderar reformas específicas en la política macroeconómica del país. Por supuesto, nadie negaría la importancia de consideraciones técnicas en el rediseño de una estrategia económica. Pero en última instancia, *el conocimiento técnico existe para lograr metas sociales, para facilitar la implementación de una propuesta viable de país*. Y todos debemos participar, en la medida de nuestras posibilidades, en el diseño de esa propuesta.

Los que asistimos a este Congreso tenemos un interés especial en los problemas rurales – que en nuestros días están cada vez más relacionados con la

problemática urbana. Seamos economistas, sociólogos o ecólogos, académicos o activistas, funcionarios de gobierno o miembros de asociaciones civiles, conocemos los factores que afectan la calidad de vida de una parte importante de la población nacional. Dialoguemos sobre los grandes temas del desarrollo nacional, y sobre la manera en que éstos se relacionan con los temas centrales del desarrollo rural. ¿Qué visión del futuro tenemos para el mundo rural mexicano? ¿Debe ser un espacio en donde los trabajadores esperan recibir un salario digno? ¿Un territorio en donde se promueva y se recompense la protección y restauración de los recursos naturales? ¿Un sostén de la seguridad alimentaria nacional? ¿Cómo se integraría la población de las zonas rurales en una propuesta alternativa de país? ¿Cuáles instrumentos de política habrían de emplearse para crear una mayor calidad de vida en el campo?

Un diálogo de este tipo debe diferenciarse claramente de las discusiones basadas en el despliegue de teoría y la adopción de posiciones ideológicas. Hemos vivido demasiados años en un ámbito de política socioeconómica diseñada en el gabinete. Empecemos ahora a considerar proyectos alternativos de país que surjan del amplio análisis de realidades locales, concretas; que se sustenten en el estudio comparativo de estrategias de desarrollo rural en otras latitudes; y que se enriquezcan con las aportaciones que provienen de diversas disciplinas.

Como he intentado mostrar a lo largo de esta plática, las propuestas que surjan de un diálogo de este tipo tendrán implicaciones macroeconómicas. Al modificar el modelo de desarrollo rural – o proponer su modificación – habrá que considerar también cómo alterar los principales elementos de política macroeconómica que rigen el destino del país. Por esta razón, avanzaremos poco si no logramos romper las barreras erigidas durante las últimas décadas entre la disciplina de la economía y las otras ciencias sociales. Los sociólogos, antropólogos, ecólogos y otros estudiosos de la sociedad debemos esforzarnos por tener una mayor familiaridad con temas básicos de economía; y los macroeconomistas tienen que liberarse del aislamiento que tanto impide su aportación al quehacer nacional. Si los funcionarios públicos, profesores y estudiantes de economía formados dentro de la escuela neoliberal no renuevan su manera de entender la sociedad – si no logran romper con esquemas que algunos han aceptado durante muchos años – es poco probable que podamos alejarnos, de manera pragmática, de un modelo económico deficiente, y que podamos crear los instrumentos necesarios para aumentar la seguridad y el bienestar de la mayoría de la población del país.

Muchas gracias por su atención.